Lee este texto. Subraya en él las ideas más importantes (principales), haz un resumen y después realiza un esquema:

**“SÓLO LO DIFÍCIL ES ESTIMULANTE”**

A mi modo de ver, escribir es tanto como componer. Es reunir varias piezas en un todo, de manera que cada parte se relacione armónicamente con las demás. De acuerdo con esta idea, la escritura es un trabajo artesanal: de trato, de lucha con las palabras. En definitiva, escribir es un trabajo, en el sentido de esfuerzo, de transpiración.

Aclaro todo esto porque se confía demasiado en la inspiración, o en los “flujos repentinos y mágicos de la escritura”. Nada más equivocado. A lo mejor la “inspiración” brote después de una larga disciplina, o como consecuencia de un persistente trabajo. Es probable que la “inspiración” sirva de motivo o de inicio, pero nunca podrá reemplazar el ejercicio de composición y de “encuadre”, elaborado —por lo general— con lentitud y con sumo cuidado. Es más: sólo en ciertas circunstancias de la escritura, en determinados momentos, la inspiración realmente contribuye a un logro en la redacción; caso contrario, es ella la causante de la desorganización, del caos o de la falta de ilación en lo que escribimos.

Como ya lo hice notar, escribir es una actividad artesanal. Es oportuno ahora decir algunas cosas sobre la materia con la cual trabaja el escritor: las palabras. Esos signos son escurridizos, ambiguos, inciertos. Entonces, dadas esas características de las palabras, escribir se convierte en una continua tarea de “talla”, de escultura con y sobre el lenguaje. Escribir es como ir esculpiendo.

Difícil, cierto. Pero no tanto si uno se propone establecer un trato con las palabras; si comienza a “reconocerlas”, si inicia una relación o una “convivencia” con ellas. En cierto sentido, aprender a escribir es, también, aprender a familiarizarse con las palabras.

Aquí conviene detenerse un momento a fin de redondear mejor la idea precedente: ¿Qué es o en qué consiste esa familiaridad con las palabras? En principio, es un trabajo de acercamiento, de intimidad con el lenguaje. Mirar sus características; si es un adverbio o una conjunción, si es una preposición o un verbo reflexivo; reconocer sus genealogías, su etimología y su procedencia; indagar, en últimas, la fisonomía y la descriptiva de las palabras. En segundo lugar, la familiaridad con el lenguaje consiste en ir creando un cierto hábito, una cierta “aclimatación”; en tanto como disponer de un tiempo para adaptarse o darse alguna confianza con las palabras.

Es verdad. Si uno no se habitúa, si no vive fogueándose con el lenguaje, si no lo hace familiar, muy difícilmente podrá escribir con propiedad o con holgura. Esto quiere decir que los más grandes escritores, por ejemplo, dedicaron muchas horas y muchos días de su vida a desentrañar el ser de las palabras, antes de comenzar a “producir” sus creaciones. Fueron enormes cantidades de tiempo empleadas en descubrir el funcionamiento del lenguaje; infinidad de lecturas, en donde ya no sólo se disfrutaba del placer del texto, sino que ––además–– se veía su arquitectura, su diseño de base.

Algo más hay que añadir con respecto a la familiaridad con las palabras. Se me ocurre, entre otras cosas, el valor del diccionario. Y no hablo únicamente del diccionario tradicional, sino de otros igualmente ricos e indispensables: el de sinónimos y antónimos, el etimológico, el de dudas y correcciones y, ese que es quizás el más importante, el de uso del español.

Cualquiera que se dedique e escribir debe consultar una y otra vez el diccionario. Ese libro, ese “lomo de buey”, es un “granero del idioma” como decía Neruda; entonces, hay que usarlo cotidianamente, no sólo cuando se tengan dudas ortográficas. Al diccionario debemos ir, la mayoría de las veces, con curiosidad, como si fuera un vasto país de fantasía.

Con lo que llevo dicho hasta aquí, me parece haber bordeado algunas ideas sobre el “oficio de escribir”. Por supuesto, apenas son esbozos. La escritura tiene demasiados intersticios, infinidad de vericuetos. Con todo, cada vez que uno se propone “emborronar” una cuartilla hay una cuota de riesgo y de aventura que convierte el trato con las palabras en un goce particular, en una tarea altamente satisfactoria. De pronto, y la idea es del escritor cubano José Lezama Lima, en la escritura se cumple ese principio según el cual, “sólo lo difícil es estimulante”.

**RESUMEN:**

**ESQUEMA:**